

abandonó muy pronto la idea de poner á Bonaparte á la cabeza de un ejército contra el Austria, se apresuró á admitir las satisfacciones de aquella corte, y dió al general en gefe del ejército de Egipto la orden de salir inmediatamente para Tolon.



CAPITULO II.

EXPEDICION DE EGYPTO.

(Del 9 de mayo al 9 de octubre de 1798.)

DURANTE SU permanencia en Paseriano, donde se arregló el tratado que se firmó despues en Campo-Formio, Bonaparte habia dirigido á la escuadra del almirante Brueys, estacionada en el mar Adriático, esta corta y expresiva proclama: « Camaradas, luego que hayamos » pacificado el continente, *nos reuniremos á vosotros para conquistar la libertad de los mares.* » Sin vosotros no podemos llevar la gloria del » nombre frances *sino en una pequeña parte » del continente.* Con vosotros atravesaremos » los mares, y la gloria nacional *verá á las » regiones las mas remotas.* » Estas palabras eran una orden del dia amenazadora para la Inglaterra; expresaba con energía el designio de ir á renovar en la India la gloria de Alejandro. El vencedor de la Italia pedia un teatro

mas extenso que el en que se habia ilustrado hasta ahora; pues á pesar de las grandes cosas que Bonaparte, cónsul y emperador, ejecutó despues por la fuerza de sus armas y por la omnipotencia de su dominacion sobre la Europa continental, jamás su pensamiento fue tan vasto como en la época de sus triunfos de Italia, en que su única política consistia en su ingenio; la toga consular y el manto imperial encerraron mas tarde su pasion para las grandes empresas en aquella pequeña parte de la tierra que desdeñaba entonces. Detenido, de repente, delante de una fuerte ciudadela turca, en medio de su carrera asiática, obligado á replegar su ambicion de conquistador, tuvo luego que someter al yugo de las antiguas tradiciones de la sociedad europea, la independencia desmedida de sus proyectos primitivos, el que habia concebido la idea de hacerse el héroe del mundo sobre las ruinas británicas del Asia! Bonaparte, cuando entró en Tolon, el 9 de mayo 1798, se hallaba bajo el imperio de esta inspiracion gigantesca. Se apeó en el palacio de la marina. El ejército, que podia llamarse suyo, le aguardaba. Saludó á sus valientes de Italia con un discurso enérgico y

conciso. Diez dias despues, al momento de hacerse á la vela, les dijo: «Soldados, sois
» una de las alas del ejército de Inglaterra.
» Habeis hecho la guerra de montañas, de llanuras y de sitios; os queda que hacer la
» guerra marítima. Las legiones romanas, á quienes habeis imitado algunas veces, sin
» igualarlas todavía, combatian á Cartago, tanto sobre este mismo mar como en las llanuras
» de Zama. La victoria nunca las abandonó porque fueron constantemente valientes, pacientes para aguantar las fatigas, disciplinadas y unidas entre sí... Soldados, marineros,
» hasta hoy no se ha cuidado de vosotros; en el dia, la República tiene la mayor solicitud con respecto á vosotros; el genio de la libertad que ha dado á la República, desde que nació, el poder de ser el árbitro de la Europa, quiere que lo sea tambien de los mares y de las naciones mas remotas.» Este es el modo con que el general dio á conocer á su ejército que iba á conquistar nuevos laureles mas allá de los mares. Pero, ¿cuáles eran los mares que iba á atravesar, y que regiones eran las que tenia qué conquistar para que se cumpliese la palabra dada por Bonaparte el

« día de su llegada á Tolon? « Prometo á cada » soldado que, en volviendo de esta expedicion, » tendrá con que comprar seis fanegadas de tierra. » Las tropas, indiferentes para las promesas, aceptaron únicamente los peligros y la gloria, y se embarcaron llenas de alegría con el gefe que tantas veces las habia conducido á la victoria. Por una de estas casualidades singulares de las grandes fortunas humanas, el navío almirante en el que iba Bonaparte se llamaba el *Oriente*; y el 19 de mayo el Sol que tantas veces se llamó el Sol de Bonaparte alumbró la salida magestuosa de la escuadra francesa. No dejó de haber alarmas en la travesía. A cada instante se temia encontrar á los Ingleses que surcaban los mares en todas las direcciones para encontrarnos. Una vez, Nelson estuvo á seis leguas de nuestros navíos; pero una niebla muy densa se los ocultó. Bonaparte medía las consecuencias de un encuentro desgraciado, cuyos resultados á mas de destruir los frutos de la victoria de Italia, hubieran imposibilitado la expedicion, cargando toda la responsabilidad al autor de ella; pero Bonaparte siempre lleno de confianza, como César en un caso semejante, estaba arreglando

con sus generales la organizacion de Egipto como si la hubiera conquistado ya, ó discutia con los literatos que le acompañaban. Parecia estar sentado en medio de su nuevo Instituto en Alejandria ó en el Cairo.

El 9 de junio, el ejército se presentó delante de Malta. El comboy de Civita-Vecchia habia llegado al mismo punto tres dias antes. La víspera la escuadra maltesa habia vuelto del crucero sobre las costas de Berbería; constaba de un navío de 74, y de varios buques de guerra, y podia facilmente destruir el comboy escoltado por una sola fragata. Esta imprevision entregaba Malta á los Franceses.

Con todo, Bonaparte tuvo por conveniente ensayar los medios de negociacion. Pidió al Gran Maestre la entrada del puerto para nuestra armada. La contestacion fue que los estatutos y las leyes de la órden se oponian á que entrasen mas de cuatro navíos á la vez en el puerto. Bonaparte escribió que la contestacion del consejo equivalia á una declaracion de guerra; que los Franceses no ignoraban la conducta parcial de la órden á favor de los Ingleses; que la escuadra estaba resuelta á recurrir á la fuerza, y sin perder tiempo, mandó al

almirante Bruyeis que se preparase á atacar los fuertes que defendian el puerto Lavalette. Al mismo tiempo hizo desembarcar las tropas sobre siete puntos diferentes de las islas de Malta y de Gozzo.

Las primeras amenazas de Bonaparte, sus palabras altaneras á los caballeros, y la manifestacion rápida de las demostraciones hostiles, llenaron de confusion á la ciudad de Lavalette, en donde por otra parte teniamos un partido que levantaba la voz á nuestro favor, á medida de las señales de debilidad y de desconfianza que dejaba ver el gobierno. El desorden llegó á colmo, y dos dias antes de la rendicion de Malta, algunos caballeros de la lengua de Francia fueron conducidos ante la presencia de Bonaparte quien les dijo: « Su-
» puesto que habeis podido tomar las armas
» contra vuestra pátria, era preciso saber mo-
» rir; no quiero admitiros en clase de prisioneros; podeis volveros á Malta mientras no
» me pertenece.» La isla, que resistió durante dos años, á todas las fuerzas del Oriente, mandadas por el invicto Dragut, se halló pronto en poder de Bonaparte. Despues de unos pocos cañonazos que no salvaron el honor

del pabellon maltés, Malta se entregó por medio de una negociacion vergonzosa. La division Reynier se apoderó de la isla de Gozzo. El general Vaubois quedó en Malta con cuatro mil hombres. El general Baraguay d'Hilliers salió para Francia con los trofeos de la nueva conquista, sobre la fragata *la Sensible* que fue apresada por los Ingleses. Así cayó la orden de Malta, doscientos sesenta y ocho años despues de haber sido dada por Carlos V. Su posesion aseguraba á la República el imperio del Mediterráneo; la bandera tricolor libertó entonces á este último asilo de la caballería religiosa, que por otra revolucion ha venido á ser un puerto militar, donde tremola el pabellon luterano. Con todo, no dejaba de ser un preludio singular de la guerra de los Musulmanes de Egypto, la toma del convento, tenido por inexpugnable, de los caballeros de San Juan de Jerusalem. Antes de embarcarse el general en jefe dió la libertad á todos los cautivos Mahometános que gemian en los presidios de la religion.

Inmediatamente despues de haber entrado en Malta, Bonaparte hizo esparcir la noticia, por todos los agentes franceses, en Grecia, en

las escalas de Levante y en Berbería; les mandó además notificar á los bajaes de Argel, de Tunez y de Trípoli, que en adelante hubiesen de respetar á los habitantes de la Isla, vasallos de la Francia. El general Chabot, comandante de Corfú, recibió instrucciones conformes á las circunstancias. Bonaparte despachó un edecan al famoso Alí Bajá de Janina, con el fin de concertar con él un plan de sublevacion de varias provincias de Grecia. Pero Alí, ocupado en defenderse contra Pasawan-Ogloú, no pudo recibir á tiempo al enviado de Bonaparte, y la ausencia de aquel Bajá pudo considerarse como una desgracia, pues si hubiese persistido en sus buenas disposiciones para con la República francesa, su inteligencia con el general frances hubiera podido producir felices resultados con los auxilios que podia suministrar un aliado poderoso, y capaz de contribuir á la ejecucion de los grandes planes que se proponia Bonaparte.

El 1° de julio, el ejército, al atisbar los minaretes de Alejandria y la torre de los Arabes, conoció el fin de su viage y que la tierra de Egipto era su tierra de promision. Tres dias antes la escuadra de Nelson, aumentada de

diez navíos, habia venido á dar parte á Alejandria de la llegada de los Franceses, á quienes habia buscado en vano, y volvió á perseguirlos. Bonaparte lo supo y mandó desembarcar al instante, por no perder este favor singular de la suerte, cuando de repente, se ve una vela á lo lejos. «Fortuna, exclamó Bonaparte, » ¿me abandonarás? No te pido sino cinco dias!» Esta vela era una fragata de nuestra escuadra. Menou que debia salir de Egipto el último, bajó á tierra antes de todos, Bonaparte y Kleber desembarcaron juntos y le alcanzaron, en medio de la noche, en el Marabou donde tremoló, en Africa, la primera bandera tricolor. El general en gefe, impaciente de señalar su llegada, no aguardó la presencia de las demas divisiones; sabia que Alejandria intentaria defenderse, y quiso aturdir á sus nuevos enemigos, con una audacia que les era desconocida, y asegurar la confianza de su propio ejército con una conquista útil. A las dos de la mañana, se puso en marcha con tres columnas y mandó asaltar las murallas que cedieron á la furia francesa. Las tropas, á pesar de las órdenes de Bonaparte, se precipitaron dentro de la ciudad, que no tuvo tiempo para

capitular, y se rindió á los vencedores. La toma de Alejandria costó un corto número de soldados y de oficiales; Bonaparte los mandó enterrar al pie de la columna de Pompeyo, y quiso que sus nombres fuesen esculpidos sobre el mismo monumento. Todo el ejército asistió á la ceremonia; infundió en las filas el entusiasmo que el héroe de Italia procuraba entretener por todos los medios que le sugeria su ingenio, y la costumbre de ejercer un ascendiente irresistible sobre los demas hombres. Jamas se habian dirigido á los soldados franceses, y á las naciones vencidas proclamas mas adecuadas. A los primeros, les dijo: « Los » pueblos con quienes vamos á vivir son ma- » hométanos; su primer artículo de fé es este: » No hay otro Dios sino Dios, y Mahoma es » su profeta. No hay que contradecirlos; por- » taos con ellos como habeis hecho con los Ju- » dios y con los Italianos. Respetad á los Muf- » tis y á sus Ulemas, como habeis respetado á » los Rabines y á los Obispos; guardad para » las ceremonias que prescribe el Alcoran, y » para las mezquitas la misma tolerancia que » habeis guardado para los conventos y las » sinagógas, para la religion de Moises y para

» la de Jesucristo. Las legiones romanas res- » petaban á todas las religiones. Hallareis aquí » usos diferentes de los de Europa. Es preciso » que os acostumbreis á ellos. Los pueblos que » vamos á encontrar tratan á las mugeres de » otro modo que nosotros; pero en todo pais » el que las fuerza es un monstruo. El pillage » enriquece solamente á un corto número de » hombres, nos deshonra, destruye nuestros » recursos, y nos hace enemigos de los pue- » blos, cuya amistad nos es necesaria. La pri- » mera ciudad que vamos á encontrar ha sido » edificada por Alejandro, hallaremos á cada » paso grandes recuerdos, dignos de excitar » la emulacion de los Franceses.» El 1º de julio decia á los Musulmanes de Alejandria; « Hay demasiado tiempo que los Beyes de » Egipto insultan á la nacion francesa, y ul- » trañan á los comerciantes; ha llegado la hora » de su castigo. Es tiempo que esta caterva » de esclavos, comprados en el Caucasio y en » la Georgia, dejen de tiranizar á la parte » mas hermosa del mundo; pero Dios, de quien » todo depende, ha decretado que su impe- » rio tenga fin. Pueblo de Egipto, se os dirá » que vengo para destruir vuestra religion,

» no lo creais. Contestad que vengo para res-
 » tituiros vuestros derechos, castigar los usur-
 » padores, y que respeto á Dios, á su Pro-
 » feta y al Alcoran, mas que los Musulmanes.
 » Decidle que todos los hombres son iguales de-
 » lante de Dios; la única diferencia entre ellos
 » consiste en los talentos y en las virtudes....
 » Si hay una buena hacienda pertenece á los
 » Mamelucos; lo mismo sucede con una her-
 » mosa cautiva, un hermoso caballo, una
 » hermosa casa, que siempre caen en manos
 » de los Mamelucos. Si tienen el Egipto en
 » calidad de arrendatarios, por qué no os en-
 » señan la carta de arriendo que Dios les ha
 » hecho?... Quadhys, Cheicks, Huanes, Tchor-
 » badyjis, decid al pueblo que tambien nos-
 » otros somos verdaderos Musulmanes.... ¿No
 » somos los que hemos destruido al Papa que
 » decia era preciso hacer la guerra á los Mu-
 » sulmanes?... ¿No hemos destruido á los
 » caballeros de Malta? ¿No hemos sido en to-
 » dos los tiempos amigos del gran Señor y
 » enemigos de sus enemigos?... Tres veces fe-
 » lices los que serán con nosotros! Prospera-
 » rán en su fortuna y en su rango. Felices los
 » que serán neutrales! Tendrán tiempo para

» conocernos, y unirse con nosotros. Pero,
 » desdichados, tres veces desdichados, los que
 » se armarán á favor de los Mamelucos y pe-
 » learán contra nosotros. No habrá esperanza
 » para ellos; habrán de perecer.» Los hom-
 » bres que han subyugado á los pueblos se han
 » distinguido eminentemente por una elocuen-
 » cia popular. Bonaparte poseia en el mas alto
 » grado esta elocuencia, que es una de las pri-
 » meras causas de los sucesos de sus semejantes.
 » Es necesario mucho ingenio para persuadir á
 » los soldados y á los vencedores que sacan al-
 » gun provecho de las victorias.

Bonaparte, apenas se vió dueño de Alejan-
 » dria, que aplicó toda la actividad que le de-
 » voraba al pronto desembarco de todo su ejér-
 » cito, comunicando el mismo ardor á cuantos
 » le rodeaban. El almirante Bruyeis hizo fon-
 » dear la escuadra en Aboukir, y el comboy en-
 » tró en el puerto de Alejandria. En cuanto á
 » la escuadra, debia, segun las instrucciones
 » de Bonaparte, ó entrar en el puerto viejo de
 » Alejandria, ó tomar una buena posicion mi-
 » litar en la rada de Aboukir, ó en fin dirigirse
 » sobre Corfú. La proximidad de los Ingleses no
 » permitia atraso ninguno en la ejecucion de